

TERRA Y LIBERTAD



Barcelona, 8 de Agosto de 1931

SEMANARIO ANARQUISTA

Año II - Núm. 25 - 15 CENTIMOS

Ante una revolución inevitable y ante un gran pueblo que va a romper sus cadenas

Ha entrado la historia del mundo en una nueva etapa; la revolución, tantos años anhelada y propagada, está a las puertas, y hasta los menos sensibles y los más incrédulos perciben sus fuertes aldabonazos. Hay que responder al llamado y ser nosotros sus portavoces más entusiastas y abnegados en los últimos cincuenta años, los primeros en recibirla como se recibe a la amada de los mejores sueños.

Nunca más exacta que hoy la frase famosa: «La revolución está en marcha y nadie ni nada la detendrán.»

Urge, pues, que los anarquistas comprendan que ha sonado la hora, y no en el terreno de la literatura, sino en el de los hechos, y que estamos en vísperas de recoger una parte de la cosecha magnífica de libertad, de justicia y de pan para todos. Instante de gravedad y de responsabilidad, si no sabemos situarnos a tono con las circunstancias, correremos el peligro de ver escamotear las esperanzas puestas en las luchas inminentes.

Permitidme, camaradas y hermanos, una palabra por lo menos sincera.

CARACTERÍSTICA DE LA PRESENTE REVOLUCION

No hemos entrado en este período revolucionario, más intenso y universal que ningún otro de los conocidos, por virtud de una mera propaganda subversiva. No quiere decir esto que nuestro esfuerzo propagandista, el sacrificio de tantos de nuestros mártires, el heroísmo de tantas luchas grandiosas, haya sido estéril; muy al contrario, estimamos que todo eso ha contribuido en grado muy superior a nuestras mismas previsiones, a preparar la conciencia popular para la revolución. Pero esta revolución tiene una fuente diversa que la alienta y la nutre más que nuestra propaganda y nuestra acción cotidiana: es la crisis del sistema capitalista, la bancarrota de un régimen de economía, la quiebra de una forma de propiedad.

Hemos tenido hasta aquí revoluciones de partido, revoluciones preparadas y dirigidas por los revolucionarios; estamos ahora ante una revolución de todos, que surge con los partidos de la revolución o sin ellos, que se propaga por la fuerza de un imperativo económico ineludible. El capitalismo es incapaz de asegurar a los que trabajan y a los que quieren trabajar aquel mínimo de existencia miserable en que han vivido siempre los asalariados. El pueblo, con su buen sentido práctico advierte que no le queda más que este dilema de hierro: o el suicidio colectivo o la revolución, y como ningún pueblo se suicida colectivamente, se irá a la revolución.

El capitalismo agoniza desde hace un quinquenio de años; ha recurrido en ese período de agonía a las formas fascistas y dictatoriales de gobierno, que no son otra cosa que manotones de desesperado. Ahora bien, las dictaduras han fracasado en la solución, en el simple alivio de la crisis económica, y por las mismas razones que fracasan los gobiernos liberales: porque la crisis y la descomposición a que hemos llegado, no es una cuestión de gobierno, no es una cuestión de fuerza, sino de economía, de reajuste de la máquina de producción y de consumo.

LA CRISIS SECONOMICA

Hay un desequilibrio insuperable dentro del sistema económico presente entre la capacidad de producción y el régimen del consumo. No se produce para la satisfacción de las necesidades, se produce para obtener ganancias; de ahí el contraste monstruoso entre los depósitos repletos y la muchedumbre hambrienta y desnuda. El capitalismo se ha desarrollado unilateralmente, en el sentido de la especulación, de la producción intensa, del perfeccionamiento del aparato productivo, de la instalación de industrias inútiles cuando no nocivas para la vida; no se daba cuenta de que rompía con ello una armonía que iba a costarle muy cara: su propia existencia. En un régimen económico normal, sano, lógico, la producción tiene que estar en concordancia con las necesidades del consumo. En cambio el capitalismo montó el aparato más perfecto e ingenioso de producción, olvidándose que había que crear simultáneamente la base de su sostenimiento: el mercado de los consumidores. Pero como el mercado del consumo más importante, el que absorbe la gran mayoría de la producción, es el proletariado, y éste ha sido desplazado de las fábricas y de las tierras por las máquinas, por los perfeccionamientos técnicos, se ha perdido la capacidad más grande de consumo, pues la de los trabajadores está condicionada por el nivel de los salarios y por el salario mismo.

Hay en el mundo cuarenta millones de desocupados, los cuales, con sus familias, representan el equivalente a un continente entero que haya cerrado sus puertas para los productos industriales o por lo menos que haya restringido a un mínimo irrisorio su capacidad de consumo. Además, la industria se ha desarrollado en todos los países en todas las latitudes y cada zona tiende a subvenir a sus propias necesidades, a bastarse a sí misma.

El capitalismo ha entrado así en un callejón sin salida, no puede reparar el desequilibrio que ha producido, no puede reconquistar el mercado de consumo constituido por las necesidades apremiantes del gran número porque no puede volver a recibir en sus fábricas las decenas de millones de obreros sin trabajo.

Supongan los capitalistas que la crisis era un fenómeno pasajero, que el viejo nivel se restablecería, y sólo ahora, después de tantos ensayos para conjurar la catástrofe, se comienza a reconocer incluso por nuestros enemigos, que la situación no admite soluciones capitalistas, que la salvación está en los trabajadores mismos, en la instauración por ellos de un régimen de economía en donde la producción tendrá por centro al hombre y sus necesidades, en donde entre el productor y el consumidor no se abrirá el abismo insondable de la especulación.

LA SITUACION EN ESPAÑA

Por sus características predominantemente agrícolas, España había podido vivir unos años casi al margen de la crisis mundial; pero no podía permanecer en esa situación privilegiada porque, país al fin y al cabo capitalista, tenía que caer en la órbita de la misma crisis en que han caído los demás, comenzando por los más industrializados. Su mercado interno ha mermado por la reducción del nivel de vida de los consumidores; su mercado externo por la misma causa y además por su incapacidad para competir victoriosamente con los países industriales rivales. Se le cerraron, por otra parte, las corrientes emigratorias para los brazos sobrantes, y no sólo eso, sino que los antiguos emigrados, alcanzados por la tragedia de la hora, regresan a España. Las fábricas comienzan a cerrarse, la financiación artificial de los trabajos no puede ser sino pasajera cuando no se presentan compradores para los productos elaborados. «Dentro de muy pocos meses tendrá España de dos a tres millones de obreros sin trabajo. Y ni la República ni los Estatutos regionales pueden modificar en lo más mínimo ese estado de cosas.»

En España la crisis será más fulminante que en otros países, pues sus recursos son menores; no tiene que contar más que con el propio mercado interno, invadido también por infinidad de productos del extranjero, más baratos y mejores; y el mercado interior, con la actual economía capitalista, no resuelve ninguno de los problemas planteados. Alemania, Inglaterra, Francia, etc., con sus colonias o su industria poderosa, pueden todavía llevar a otros países sus mercancías y encontrar así algún alivio. España carece de esas soluciones, aleatorias y precarias, es verdad, pero susceptibles de prolongar miserablemente un tiempo más la existencia de un sistema que ha fallado por todas sus partes.

HACIA LA PRIMERA SOLUCION

Ni el terror ni las buenas promesas pueden tapar la boca de los que piden pan y trabajo; por muchos proletarios que caigan a través de la metralla republicana, el número de los rebeldes crecerá sin cesar. El capitalismo lanza todos los días a la calle ejércitos de obreros sin trabajo y no alcanzará el plomo para todos. La primera etapa de la solución de los grandes problemas de la vida está en la transformación del régimen

de la propiedad, en la ocupación de las fábricas, de los medios de transporte, de las minas por los obreros, en la ocupación de las tierras de los latifundistas por los campesinos, de la vivienda por los que la habitan. El capitalismo es impotente para salir del atolladero en que ha caído por su desenfreno y su codicia; el gobierno, cualquier gobierno, es impotente también. «A los trabajadores les toca ahora decir su palabra y demostrar cómo, con los medios de producción en sus manos, saben convertir este valle de lágrimas y de zozobras en un paraíso en donde todos y cada uno hallarán su cubierto para el banquete de la vida.

Nuestra misión, de anarquistas y de revolucionarios, consiste en encauzar hacia ese objetivo la rebeldía popular, siendo en medio de esa rebeldía como el fulminante en la carga explosiva. Hay que proporcionar pan a todos los que tienen hambre, techo a los que carecen de él, instrucción a los que vegetan en las tinieblas de la ignorancia, y para ello es preciso romper los privilegios capitalistas y entrar en posesión de la riqueza social.

Se objetará seguramente por los que tienen miedo a la revolución y desconfían del hombre, por los que tienen alma de jefes y ambiciones de caudillos, que no estamos preparados, que tropezaremos con estas o con aquellas dificultades, que no tenemos previstas todas las alternativas en que se quisiera encerrar la revolución como en un hecho de Proculo. Oiremos las eternas previsiones de los hombres de toda revolución. Digamos, sin embargo, al pueblo que ninguna dificultad, por grande que sea, será mayor que la que tiene actualmente para asegurarse el mendrugo de cada día, que ninguna revolución, por sangrienta que sea, le costará tanta sangre como le cuesta el mantenimiento del orden capitalista en quiebra. Millones son los niños que mueren prematuramente de hambre, millones son los que enen en la flor de la edad venidos en la lucha por la vida. «Ningún sacrificio ha de costar tanto para llegar a la tierra de promisión del socialismo libre como cuesta hoy el apuntalamiento del edificio en ruinas del régimen presente.»

LA REBELION DEL PUEBLO

No está en nosotros el elegir el momento de la revolución; la revolución se produce por las causas que hemos dicho y no tenemos más remedio que secundarla y sostenerla. Bien sabemos que períodos como éste, de ruina y de miseria, no son los más apropiados para el triunfo de una gran revolución, como no lo son aquellos períodos en que se sale de una guerra con la economía desecuyun-

tada y maltrecha. Pero no está en nosotros, repetimos, la determinación del momento más favorable.

El pueblo va a la rebelión; quiere vivir y sabe que tiene derecho a la vida. Si auscultamos sus anhelos, si penetramos en el fondo de sus aspiraciones y de su estado de ánimo, constatamos que es más revolucionario hoy que los revolucionarios, que va más allá que los ismos que deberían ser lógicamente sus hijos, res inspiradores. Vayamos los anarquistas al pueblo, a vivir sus inquietudes, a alentar sus rebeldías, a sostener sus esperanzas, a predicarle con el ejemplo y a organizar con él la revolución.

La revolución que viene es una revolución del pueblo, no una revolución de partido, contra el capitalismo y contra la opresión. Si nuestras organizaciones tradicionales se ponen a la altura del momento histórico, con su experiencia mayor y su capacidad constructiva, la revolución podrá dar frutos más abundantes; pero si no obran así, serán desbordadas, arrolladas por los acontecimientos, se disgregarán y perderán toda influencia, porque los elementos más sanos y enérgicos del proletariado se sumarán al pueblo rebelde, y se improvisará lo que podría tenerse ya casi en funciones.

El pueblo sabrá destruir el presente régimen; tiene voluntad y fuerza; pero la revolución debe construir también y nosotros, confundidos con los combatientes, deberemos señalar los escollos, prevenir los caminos tortuosos, ayudar a la construcción de los órganos de producción y de las formas de convivencia mejores.

LOS ORGANOS DE LA RECONSTRUCCION

Una revolución verdadera es creadora; hace brotar de su seno nuevas formas de vida, nuevas modalidades de convivencia, nuevas orientaciones. Si un movimiento popular no crea nada, si no produce nada nuevo, no es un movimiento revolucionario. Por consiguiente, la revolución que llama a nuestras puertas y agita nuestros espíritus abrirá cauces insuspechados hacia el porvenir; pero ese nacimiento de un mundo nuevo no está reñido con el máximo de previsiones y de anticipaciones. Tenemos derecho a llevar cada cual nuestro caudal de ideales y de próximas realizaciones y a valerlos, para entrar en el camino de nuestros ensueños, de los puntos de apoyo que nuestra visión actual nos presenta. Por ejemplo, aun cuando los sindicatos obreros responden principalmente a una necesidad de defensa contra la explotación capitalista, podrían en un momento dado convertirse en órganos de transición hacia una nueva economía, lo mismo que las

cooperativas de consumo y de producción, lo mismo que las empresas capitalistas de abastecimiento en manos de los trabajadores. Hay en los centros urbanos de población instituciones que deben destruirse, sin ser sustituidas por otras; hay instituciones que deben ser conservadas, digamos, por ejemplo, los correos y telégrafos; hay instituciones que permiten una transición al mundo nuevo con sólo pasar de manos del capitalismo a manos de los que trabajan. El asunto no es tan difícil como parece a los que tienen la pretensión de dirigirlo y preverlo todo. Es verdad, para el pobre mortal que se sintiese llamado a intervenir en todo, a dictaminar sobre todo, a disponer y a legislar sobre todo, el asunto es difícil y quizá nunca, por intensamente que trabajásemos, llegaríamos a estar preparados.

Tiene España, además, una base revolucionaria superior, que es el municipio rural, expresión casi biológica de la comuna libre. La mayor parte de la población española se encuentra en los pequeños municipios y la reorganización de éstos sobre una forma libertaria es de lo más sencillo que imaginarse pueda. Su integración a la revolución se hace automáticamente con sólo quebrantar el centralismo estatal, del cual los municipios no conciben más que las cargas. Quince millones de seres viven en los municipios españoles, aplastados por los impuestos para el sostenido del inmenso parasitismo político, económico y social. La ruptura del estatismo significa su liberación. Si nos apoyamos en esos municipios, la revolución triunfará de todos sus enemigos y de todas sus dificultades.

UNA ANTORCHA DE LUZ O UN MEDIOEVO TENEBROSO

España puede ser dentro de muy poco tiempo, quizá más bien dentro de meses que de años, una antorcha de luz para el mundo entero, si avanza por el camino que se traza de momento en momento en la conciencia del pueblo, si triunfa en la revolución que alienta en los corazones y en la misma necesidad de vivir de las grandes masas. ¿Que no falten los anarquistas a su deber, que ocupen su puesto de inmediato! No hay que contraer más compromisos que con el pueblo revolucionario. Todos los demás irán en derribo del pueblo y de la revolución.

Si España no empuja el hacha de las grandes gestas y no se abre paso hacia la libertad, caerá de nuevo ante la reacción más sofocadora. El fascismo, el partido del orden intenta reafirmar una vez más sus posiciones, instaurar una nueva dictadura en nombre de la república. ¡Alerta, camaradas! Vosotros seréis las primeras víctimas. El enemigo os conoce, conoce vuestra energía y vuestra audacia, y os durará batalla, sino abiertamente, con emboscos e hipocresías, comenzando desde el asesinato sistemático para culminar en las matanzas colectivas.

«Los anarquistas españoles se han distinguido siempre por su valor y por su combatividad; que se distinguan también por su perseverancia y no dejen a la hidra de mil cabezas de la reacción ponerse en pie, de acuerdo con el proverbio: el que da primero da dos veces, y la mejor manera de defenderse está en atacar.»

¿Es tan difícil la situación que no se comprende el dilema de hierro? España no tiene para el próximo porvenir más que estos dos caminos: o la revolución del pueblo, para volver a la posesión de la riqueza social, o la dictadura republicana o fascista. Hay que disponerse a abrazar la primera o a sucumbir ante la segunda.

A PESAR DE TODO, FE Y ESPERANZA

El pueblo de París puso al servicio de la República en 1848 tres meses de miseria, duplicó después el tiempo y recibió al fin, por premio de su ignorancia, la dictadura de Napoleón III. A la altura de los tiempos que corren, esperar de la República otra cosa que plomo antes los pedidos insistentes de pan y de justicia, es el colmo de la ingenuidad y del infantilismo, con despotismo o con liberalidad, es impotente para superar la crisis económica sobre la cual se injerta la revolución que viene.

«Camaradas y hermanos! A pesar de todas las decepciones, a pesar de todas las tragedias, conservamos en alto como un tesoro la fe en vosotros y la fe en el pueblo. ¡N un momento de pausa, ni un minuto de tregua! Ha llegado la hora y la última carta debe ser jugada.»

D. A. DE SANTILLAN

